

Fiesta St. Ana
Homilia en Espanol
Rev. Sebastian Genoni, MIC
26 Julio 2026

1 Re 3: 5, 7-12
Sal 19: 57, 72, 76-77, 127-128, 129-130
Rom 8: 28-30
Mt 13: 44-52

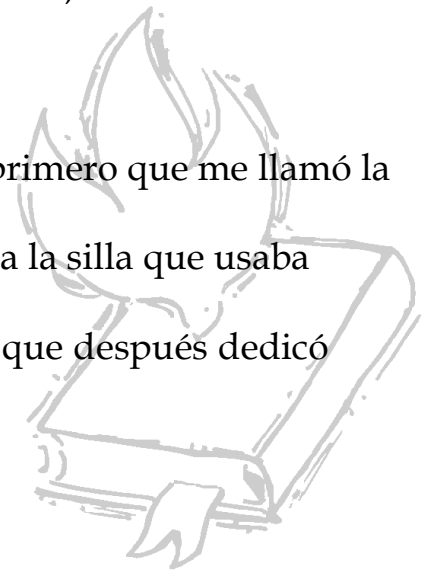
¡Ave María Purísima!



La Iglesia es tan
maravillosa y tan
maravilloso ser parte
del pueblo de Dios, que
todos nosotros, incluso

los que fueron bautizados ayer, los que tienen menos tiempo de ser católicos, los que se acercan después de mucho tiempo.... Todos tenemos una historia enorme que nos precede. Somos depositarios de un tesoro, de un regalo que recibimos y, como otros, tenemos el deber de transmitir a la próxima generación.

El día que llegué aquí con el padre Peter, lo primero que me llamó la atención fue que ahí atrás, en el santuario, estaba la silla que usaba Matilda, esa mujer que se curó de su dolencia y que después dedicó



tanto tiempo de su vida a difundir esta devoción a Santa Ana. Una curación física en un santuario dedicado a la santa que es patrimonio de la Iglesia.

Bueno, lo que les voy a contar hoy —lo traigo preparado—, una historia de sanación espiritual en otro santuario de Santa Ana mucho más antiguo que este, a pesar de lo antiguo que es. Vi que acá dice 1872.

Cuentan que, en Francia, cerca del año 800 —hace más de 1200 años— había una iglesia de Santa Ana en un pueblito parecido a este. La iglesia había ido siendo abandonada hasta que cerró. Mas en el año 1622 se le apareció Santa Ana a un hombre de ese pueblo llamado Yves a quien le dijo: —“Quiero que recuperen mi iglesia”.

Claro que cuando este pobre hombre le fue a contar a los sacerdotes —vio que los sacerdotes somos medio duros cuando hay una idea nueva— y le miraron como diciendo: —“Una iglesia de Santa Ana acá no queda ni registro” ... Pero se le volvió a aparecer Santa Ana y le dijo: —“Vayan a buscar debajo de estos árboles ahí enterrado...”. Levantan y encontraron una talla de madera de la santa, muy antigua, y se dan cuenta que era verdad, que se le había aparecido a este hombre

pidiéndole que se restaurara este santuario.

La iglesia había estado ahí desde el año 800 y era el año 1622.

Entonces empezaron a reconstruir el santuario y, para la misma época, nace en ese mismo pueblo, un hombre llamado Pierre, pero vamos a llamarlo Pedro para el resto de la homilía.

Pues bien, ya desde jovencito, Pedro empezó a tener una vida complicada. ¿Vieron que a veces puede pasar que, a pesar de haber aprendido buenos ejemplos de sus padres, que eran muy buenos, muy devotos, el hijo había salido complicado, y complicado en serio? Ya a los 15 años después de haber sido un niño imposible parecía que lo tenían que atar.

A esa edad de 15 años lo encuentra su papá robándole unas cosas. Se asusta el papá y se asusta el joven. Pero Pedro, aún más asustado que el padre, sale despavorido y se le escapa a la familia...

Y miren lo que pensó: —“Me voy a hacer musulmán. Porque si me hago musulmán y peleo con los musulmanes, me van a dar un palacio con muchas mujeres...”. En eso estaba, pero no había llegado a la mitad del recorrido cuando lo agarraron unos bandidos... Le pasan muchas

cosas terribles, pero se salvó muchas veces la vida. Una vez lo quisieron matar unos bandidos; otra vez lo quiso matar el esposo de una mujer que lo estaba engañando con él...

Fueron épocas muy duras, muy duras. Se había alejado mucho de Dios, pero cuando ya está un poco más entrado en años se entera, primero mediante un sueño, que existe el infierno, Pedro tiene un sueño sobre el infierno y el lugar — le dice el mal — que le va a tocar a él. Se asusta y va a buscar un sacerdote para confesarse. Luego se va a vivir a una cartuja con unos monjes unos meses, pero se escapa y sale peor que como había entrado. Era todo decisión suya, y dijo: “Bueno, voy a poner de mi parte y voy a encontrar a Dios.

Y no le salió. Se enojó peor.

Eso nos pasa cuando a veces queremos a la fuerza recuperar el vínculo con Dios que es un regalo. Tenemos que pedírselo a él.

Se entera que en una congregación de hermanas religiosas hay un caso de posesión de un demonio molestando a una de las hermanas y se dirige ahí con la intención de burlarse de esas cosas. Llega al lugar pensando: “me voy a reír” — ¿para qué? — Entonces se para esta

persona con la molestia del demonio y le empieza a gritar: —“¿Sabes por qué te salvaste vos tantas veces? ¿Sabes por qué no te cayó ese relámpago que quemó tu casa y vos te salvaste? ¿Y por qué te caíste del caballo y te salvaste? ¿Y por qué te persiguieron con los cuchillos y te salvaste? —“Porque *Ella* no nos deja”.

Entonces el sacerdote, sorprendido con lo que estaba pasando, hace la oración sobre la persona que estaba posesa. Y *Ella* era la Virgen.

Este buen hombre, Pedro, había aprendido de su mamá a rezar todos los días. Lo hacía por mera costumbre: una avemaría. Todos los días. Aún en medio de todos los desastres que hacía, era una promesa que le había hecho a su mamá: rezar el ave maría. Entonces se convierte y lo llaman al santuario de Santa Ana, el de Francia, el de 1600, y en agradecimiento a que fue su mamá la que le enseñó la devoción a María empieza a tenerle devoción a la mamá de María, a Santa Ana, y lo que era una vida completamente desordenada y con intentos de buscar por su propio medio y por su propia fuerza encontrarse con Dios, empieza a descubrir que los santos interceden para que nosotros no nos quedemos en el santo, sino que, de ellos vayamos a la Virgen, y en último término

a Jesús.

Lo que le había sido imposible toda la vida: estar en una misa sin sentir que se quería ir, que le molestaban los ojos, que le pinchaban los pies, sin esas molestias cuando quería dormir, cuando quería descansar. Dios lo empieza a liberar de todo. Y en el santuario de Santa Ana tiene una conversión tan grande que, tiempo después, se ordena sacerdote y muere santo sacerdote, y es enterrado en la puerta, a las afueras de la capilla del santuario de Santa Ana en Francia.

Les cuento todo esto porque les decía que cuando entré por primera vez a este lugar no lo conocía. Vengo de lejos, algunos me conocen, de Argentina. Pero vi y dije sanación física... Matilda. El que no conoce acérquese un minutito y mire: está el testimonio. Se puede tocar donde Dios sana el cuerpo por medio de la intercesión de sus santos.

Les cuento otro ejemplo:

Dios sana el alma por intercesión de sus santos.

Y entonces, como devoto de Santa Ana, ¿qué le puedo pedir? Todo. ¿Qué me sane el cuerpo y que me sane el alma? ¿Puedo pedirle también por aquellos de mi familia que están más difíciles y que no sé cómo

acercarlos a Dios?

Sí.

¿Le puedo pedir por aquellos que están sufriendo por alguna cruz?

Sí.

Y con esta intención y este deseo que compartíamos también con el párroco de ustedes, el padre Pete, que decía: “Yo tengo el deseo que la comunidad de hispanos también conozca a Santa Ana, porque alguien va a tener que retomar esta devoción y llevarla para adelante. No vaya a ser que dentro de 300 años se le tenga que aparecer Santa Ana a alguien y retarlo, porque no trabajamos para que creciera. Hay que transmitirlo. Hay que hacerlo crecer. Desde el canto, desde la oración, desde el servicio de los monaguillos — a quienes felicito porque me ayudaron toda la novena —, desde el servicio de tantos de ustedes. Debemos poner lo nuestro al servicio con esta certeza: “Si yo ayudo a que una comunidad crezca no voy a poder medir la cantidad de bendiciones que van a salir después”. Además, si yo acerco una persona a Dios, esa persona va a acercar a su familia, a sus hijos, a los nietos.

No sólo el mal tiene consecuencias. Estamos acostumbrados a ver las

consecuencias del mal porque nos duelen y nos pesan, y cuando alguien dice una mentira como que desarma algo, y cuando alguien lastima a otro, esa herida queda; y cuando alguien trata mal, ese maltrato después se traslada. Podemos ver cómo el mal hace daño. Pero a veces subestimamos un poco lo mucho que Dios puede hacer con nuestro bien, con nuestro sí. Si alguno de los que está hoy acá piensa: “La verdad es que me gustaría hacer un servicio, pero no sé qué, no sé cuáles son mis talentos... Como decimos en Argentina: “¡Acércate che!”. ¡Cómo no, por supuesto que hay algo que vas a poder aportar! Si estamos todos para servir al mismo Dios, que no se equivocó cuando nos creó, y que por medio de sus santos sana los cuerpos y sana las almas, pidamos en esta misa y en esta liturgia la intercesión de Santa Ana por aquellos de los nuestros que más están necesitando la bendición.

Hagamos el consejo que nos da el rey Salomón de la primera lectura de hoy. Nos olvidamos un minutito de lo que yo necesito, lo pongo en el altar, y me olvido. Lo que es para mí, ya se lo pedí al Señor. Y pido por otros. Intercedo. Que Dios bendiga, que Dios sane, que Dios salve. Las

cosas que vamos a ver son tan o más grandes que la sanación física, que la sanación espiritual, porque por donde Dios pasa está su gracia y la gracia de Dios todo lo puede. Que así sea.

Hail Mary Most Pure!



St. Anne's Church is
so wonderful, and it is
so wonderful to be part
of the people of God;
all of us – even those

baptized yesterday, those who have been Catholic for only a short time, and those returning after a long absence – share a vast history that precedes us. We are the guardians of a treasure, of a gift we have received, and, like those before us, we have a duty to pass it on to the next generation.

The day I arrived here with Fr. Peter, the first thing that caught my eye was the chair back there in the sanctuary – the one used by Matilda Cunnea. She was the woman who was healed of her ailment and subsequently dedicated so much of her life to spreading devotion to St. Anne. It was a physical healing at a sanctuary dedicated to the saint – a true treasure of the Church.

What I am going to share with you today – I have it all prepared – is

a story of spiritual healing from another St. Anne sanctuary, one much older than this one (though this one is quite old itself; I see the date 1872 marked here).

The story goes that in France, around the year 800 – more than 1,200 years ago – there was a church dedicated to St. Anne in a small village much like this one. The church had gradually fallen into disuse and eventually closed. However, in 1622, St. Anne appeared to a man from the village named Yves and told him, “I want you to restore my church.”

Naturally, when this poor man went to tell the priests – and you know how we priests can be a bit stubborn when faced with a new idea – they looked at him as if to say, “There is not even a record left of a St. Anne church here...” But St. Anne appeared to him again and said, “Go and dig beneath these trees...” They dug and found a very old wooden carving of the saint; they realized then that it was true – that she really had appeared to this man, asking for the sanctuary to be restored. The church had stood there since the year 800, and the year was now 1622.

At that time, the sanctuary was being rebuilt, and in that very village, a man named “Pierre” was born – though let us call him “Pedro” for the remainder of this homily.

Well, from a young age, Pedro’s life was troubled. You know how it sometimes happens: despite having good examples set by his parents – who were very good, devout people – the son turned out to be difficult; truly difficult. By the age of fifteen, after having been an impossible child, it seemed as though he had to be tied down.

At fifteen, his father caught him stealing. Both father and son were frightened. But Pedro, even more terrified than his father, fled in a panic and ran away from his family...

And look at what he thought: “I’ll become a Muslim. Because if I become a Muslim and fight alongside them, they’ll give me a palace with many women...” He was on his way, but he had not even made it halfway when bandits captured him... He endured many terrible things, yet his life was spared time and again. Once, bandits tried to kill him; another time, the husband of a woman with whom he was having an affair tried to kill him...

Those were very, very hard times. He had strayed far from God, but as he grew older, he learned – first through a dream – that hell exists; Pedro had a dream about hell and the place – so the Evil One told him – that awaited him there. Terrified, he sought out a priest to go to confession. Later, he went to live with Carthusian monks for a few months, but he ran away, leaving in a worse state than when he had arrived. It was entirely his own decision, and he said: “Well, I’m going to do my part and find God.”

But it did not work out. He became even more angry.

That is what happens to us when we try to force the recovery of our bond with God – a bond that is actually a gift. We have to ask Him for it.

He learned of a case of demonic possession at a convent – a demon was tormenting one of the sisters – and he went there intending to mock such things. He arrived thinking, “I’m going to have a laugh” – but to what end? Then, the person tormented by the demon stood up and shouted at him: “Do you know why you were saved so many times? Do you know why you survived when the lightning bolt struck and burned down your house? And why you survived the fall from your horse?”

And why you survived when they chased you with knives?" "Because *She* wo not let us."

Then the priest, astonished by what was happening, prayed over the possessed person. And *She* was the Virgin Mary.

This good man, Pedro, had learned from his mother to pray every day. He did it out of mere habit: a Hail Mary. Every single day. Even amidst all the havoc he wreaked, he kept the promise he had made to his mother: to pray the Hail Mary. Then, he undergoes a conversion and is drawn to the Shrine of St. Anne – the one in France, dating back to the 1600s. In gratitude to the mother who taught him devotion to Mary, he begins to cultivate a devotion to Mary's mother, St. Anne. His life – previously completely disordered, marked by attempts to find God through his own means and strength – begins to change; he discovers that the saints intercede so that we do not stop at the saint, but rather move from them to the Virgin Mary, and ultimately to Jesus.

He experienced something that had been impossible for him his whole life: attending Mass without feeling an urge to leave, without his eyes bothering him or his feet stinging – without those irritations that

plagued him when he wanted to sleep or rest. God begins to set him free from all of that. At the Shrine of St. Anne, he experienced such a profound conversion that, sometime later, he is ordained a priest; he dies a holy priest and is buried at the entrance, just outside the chapel of the Shrine of St. Anne in France.

I tell you all this because, as I mentioned, I did not know this place when I first arrived. I come from far away — some of you know me — from Argentina. But I saw something and said, “Physical healing... Matilda.” If you do not know the story, come closer for a minute and take a look: the testimony is right there. You can touch the place where God heals the body through the intercession of His saints.

Let me share another example:

God heals the soul through the intercession of His saints.

So, as a devotee of St. Anne, what can I ask of her? Everything. Can I ask her to heal my body and my soul? Can I also ask her to help those in my family who are the most difficult to reach — those I do not know how to bring closer to God? Yes.

May I ask you to pray for those who are suffering under the weight

of a cross?

Yes.

And with this intention – a desire shared by your parish priest, Fr. Pete, who said: “I want the Hispanic community to come to know St. Anne, because someone needs to take up this devotion and carry it forward. We would not want St. Anne to have to appear to someone in 300 years and scold us because we did not work to help it grow. We must pass it on. We must help it grow – through song, through prayer, through the service of the altar servers (whom I congratulate for helping me throughout the Novena), and through the service of so many of you. We must put our own efforts into service with this certainty: ‘If I help a community grow, I cannot measure the abundance of blessings that will follow.’ Furthermore, if I bring one person closer to God, that person will bring their family, their children, and their grandchildren closer as well.

It is not only evil that has consequences. We are accustomed to seeing the consequences of evil because they cause us pain and weigh heavily on us; when someone tells a lie, it unravels things; when someone hurts

another, the wound remains; when someone mistreats another, that mistreatment is passed on. We can see the damage evil causes. Yet sometimes we underestimate just how much God can do with the good we do – with our ‘yes.’ If anyone here today is thinking, ‘I’d really like to serve, but I do not know what to do or what my talents are...’ – well, as we say in Argentina: ‘Come on over!’ Of course there is something you can contribute! Since we are all here to serve the same God – who made no mistake when He created us, and who heals bodies and souls through His saints – let us ask, in this Mass and liturgy, for St. Anne’s intercession on behalf of those among us who are most in need of a blessing. Let us heed the counsel King Solomon gives us in today’s first reading. Let us forget for a moment about what **I** need – placing it on the altar and letting it go. I have already asked the Lord for what concerns me. Now, I pray for others. I intercede. May God bless, may God heal, may God save. The things we are about to witness are equal to or even greater than physical or spiritual healing, for wherever God passes, His grace is present – and God’s grace can do all things. May it be so.